

WARHAMMER
40.000



— *Ángeles de la muerte* —

LOS JUECES Y SU HAMBRE

DAVID ANNANDALE

Lectulandia

En Sendennis el gobierno imperial ha caído. El gobernador Bellasun se encoge con temor ante los nuevos gobernantes del mundo; los jueces de la Horda Perfecta, Marines Espaciales caídos cuyo apetito por el lujo supera incluso la suya propia. Pero las fuerzas imperiales están en camino en la forma de los salvajes y sanguinarios astartes de los Tiburones Espaciales...

Lectulandia

David Annandale

Los jueces y su hambre

Warhammer 40000. Ángeles de la Muerte 10

ePub r1.0

epublector 17.03.14



Título original: *The Judges, In Their Hunger*

David Annandale, 2013

Traducción: ICEMANts, 2014

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Había pensado que entregarse era la mejor opción. Tenía la esperanza de evitar la ira y tal vez, sólo tal vez, inspirar piedad. Si no para su pueblo, por lo menos para sí mismo.

Observó como otro de sus ministros fue llevado ante el monstruo con cuernos. El juez en su servo-armadura agarró al hombre por el cuello y lo levantó del suelo.

—¿Tiene valor? No tiene la perfección, pero ¿puedes concebir ese estado?

Los pies del ministro bailaron su propio compás en el aire.

—No, señor... —dijo con voz entrecortada—. A su lado, no podría...

El juez, que se llamaba Mindaro, lo interrumpió sacando su otra mano y perforando con ella el cráneo del hombre.

—Decepcionante —dijo—. Sus subordinados no son los mejores, evidentemente, si lo han dejado en tal ignorancia. —Hizo un gesto vago hacia el final de la sala y añadió—. Máталos a todos.

En la parte posterior de la sala del Palacio de Justicia, uno de los otros monstruos asintió y fue a realizar su misión de exterminio.

Nathaniel Bellasun, Comandante Imperial de Sendennis, no era un guerrero. Confesaría ser un cobarde, pero prefería pensar en sí mismo como en un pragmático realista. Sabía de su naturaleza, de la de su mundo y lo que ambas en calidad valían. Sendennis entregó los diezmos indispensables para la Guardia Imperial, pero sus tropas no eran muy apreciados en el campo de batalla. Eran suaves, reclutados de la industria primaria de Sendennis: el lujo. Para nobles y comerciantes sin escrúpulos con los medios y apetitos, Sendennis aceptó uno y siempre mantuvieron todo lo demás. Se había hecho durante siglos. El exceso fue su forma de arte indígena. Su aislamiento en la Franja Este, en los límites de la influencia del Imperio, dio a Sendennis una más que considerable licencia.

Pero ahora los monstruos habían venido y confrontado Bellasun, se creían eran un epicúreo de algún conocimiento, con la perfección del exceso. Se hacían llamar la Hueste de los Intachables. Su armadura era del negro de la noche, con un vivo violeta profundo en el lujo y lo más inquietante de todo, un color rosa pálido que recordaba tanto a los hijos de los privilegiados como al músculo expuesto de los mutilados. Habían exigido la capitulación de Sendennis. Bellasun tenía fe en el Emperador, pero consideró que su protección era demasiado remota. Había abierto todas las puertas a los monstruos y ahora un impecable horror estaba devastando Sendennis.

Mindaro gesticuló y Bellasun caminó hacia él. Su mente corría. Para sobrevivir, debería ofrecerle algo sublime. Dejó que su imaginación fuera tumultuosa en atrocidades. Fue con incluso un poco de orgullo, con el que empezó a hablar antes incluso de llegar junto al juez.

—Mi señor —comenzó, se inclinó—, si me lo permite, puedo proponer el más exquisito de los martirios.

La parte trasera de la sala explotó. Las puertas volaron en pedazos, y una gran parte de la pared simplemente se desintegró. El Marine Espacial del Caos que había salido un momento antes, salió disparado trazando un bello arco de sangre en el aire, sus miembros amputados, con la cabeza colgando de su torso. Un escuadrón de gigantes se abalanzó, tan cerca del epicentro de la explosión que fue como si su mera presencia hubiera destrozado la pared. Iban vestidos con una antigua servo-armadura de color gris, tachonada y ya salpicada con la sangre de sus enemigos. Sus hombreras estaban adornadas con un tiburón enrollado. Avanzaron por el pasillo central de la sala, dirigiéndose directamente a Mindaro.

Bellasun sintió el mundo ceder bajo sus pies. Había estado a punto, pensó, de llegar a un entendimiento con los invasores. En cierta manera encarnaban los principios de Sendennis llevados al grado final, así que seguramente habían muchas posibilidades para llegar a un acuerdo. Pero ahora los mitos terribles habían llegado. Bellasun no sabía el nombre de estos guerreros. Sólo sabía de ellos y sus acciones a través de cuentos e historias, del tipo de cuentos que el pueblo de Sendennis transmitía de unos a otros, para exorcizar el temor de que estos implacables seres pudieran ser reales. Eran los depredadores del vacío en la noche. Eran la negada frialdad del universo que existía más allá del mundo de Bellasun. Y ahora la salvaje verdad había llegado.

La Hueste de los Intachables, repartidos por todo el pasillo, abrió inmediatamente fuego. Los miles de presos allí reunidos, esperando su juicio, entraron en repentino pánico. Salieron en estampida y recibieron muchos de los disparos destinados a los Marines Espaciales leales. La mayoría de los humanos alcanzados, simplemente explotaban. La sangre empezó como lluvia, paso a ser rocío y como una rojiza niebla acabo llenando el aire. Los Marineros leales respondieron al fuego de los traidores en esencia. Apuntando más alto. Los civiles que permanecieron agachados resultaron ilesos. Pero otros, trataron de escapar de la aglomeración escalando los bancos de mármol. Algunos de ellos cayeron hacia atrás, sus destrozados cuerpos, cubriendo a sus compañeros de prisión con su vida.

El fuego de los Marines leales era limitado, destinado a hacer más que a obstaculizar y enfurecer. Funcionó. A medida que el equipo se centro en el capitán traidor, el resto de la Hueste de los Intachables se precipitó hacia adelante.

Bellasun se dejó caer al suelo. Buscó el banco más cercano y trató de meterse debajo. Había engordado en su cargo excesivamente, así que sólo pudo permanecer acurrucado contra la piedra, gimiendo cuando las dos fuerzas se reunieron en torno a él.

Terror, si se había creído un perfecto conocedor de la sensación. Había sido un tonto. Ahora la sensación lo impregnaba de forma absoluta. La Hueste de los Intachables luchó con perversa gracia. Se deleitaban con cada golpe contundente. Los

leales mataban con brutal frenesí. Rompiendo a sus enemigos contra el suelo con los puños de poder y eviscerándolos con espadas sierra. No había arte en su manera de hacer la guerra, sólo el ataque despiadado de un carnívoro a su presa. Había muy poco que se salvara de cada traidor que cayó. El suelo de la sala estaba llena de muerte.

Los monstruos del exceso empezaron a atacarse entre sí. El hambre de la perfección luchó con el hambre de la matanza. La rabia más grande de los depredadores grises triunfó. Redujeron a los traidores a trozos de armaduras y fragmentos de hueso en ruinas. Cuando el último de los gruñidos, murió en la hoja de una descolorida espada-sierra, el aire estaba húmedo, con la masacre.

Los ciudadanos aterrorizados se tranquilizaron, a la espera de la nueva determinación de su destino.

Bellasun se puso en pie. Enderezó sus manchadas ropas oficiales lo mejor que pudo. El capitán de los Marines Espaciales se volvió para mirarlo. No llevaba su casco. Su tersa cara, salpicada de sangre era del viejo gris pálido de la muerte. Sus ojos eran de un uniforme, brillante e inhumano negro.

Bellasun miró hacia otro lado y se inclinó.

—Bienvenido, ¿señor...?

No hubo respuesta.

Bellasun trató de recuperarse.

—Como Comandante Imperial, me permito darles la bienvenida a Sendennis, le doy las gracias por salvar...

—Estaba haciendo una reverencia, antes. —Cuando habló, el gigante reveló hileras de afilados dientes triangulares.

El miedo ahogó cualquier respuesta en la garganta de Bellasun.

—Estaba rebajándose, así como a su mundo, ante el traidor —siguió el Marine Espacial.

Bellasun cayó de rodillas. A pesar de su terror, miró hacia arriba, esa inmisericorde y terrible cara.

El despiadado rostro del verdadero juez de Sendennis.